

OPINIÓN

Londres, Irak y la soledad de la cordura

‘NO HAY NADA QUE el mundo desarrollado pueda hacer para evitar que un imbécil lleve al hombro una mochila cargada de dinamita para hacer estallar un autobús’.

Al momento de escribir estas líneas, los 49 muertos confirmados en los ataques terroristas del jueves en Londres han dejado de ser las víctimas más recientes de la locura. Ayer domingo, al menos 40 personas murieron en un centro de reclutamiento del ejército iraquí en Bagdad.

Como es de esperar con los desprotegidos, los miles de inocentes que han muerto en Irak desde la invasión ocupan un sitio estadístico en nuestra vida. Son un número creciente que no se detiene, como el número de africanos que muere de hambre y sida o el número de inmigrantes que se ahoga en el Río Grande o en el estrecho de Gibraltar al intentar huir del infierno.

Son miles, pero han llegado a la comodidad de nuestra vida como descarnados números.

En el caso de Londres, como ya ocurrió en los casos de Madrid y Nueva York, a esos números daremos un rostro, la humanidad que todos los muertos merecen, y los recordaremos con la amargura de quien ha perdido a un ser querido a causa del absurdo.

No quiero usar las letras para juzgar el desequilibrio, porque así operamos entre humanos. No hay muerte más triste que aquella en la que nos reflejamos y por eso, indagando en la marejada de información que caracteriza la vida en el desarrollo, quiero unir los muertos de Londres y los muertos iraquíes con uno de nuestros muertos.

En la edición del 4 de julio, *The New Yorker* publicó la historia de Kurt Frosheiser, un joven de Iowa que, tras enrolarse en el Ejército en su búsqueda de “ser parte de algo más grande que yo”, murió en el sureste de Bagdad a los 22 años, en lo que podríamos denominar un ataque de rutina por parte de la insurgencia iraquí.

Para su desgracia, el padre de Frosheiser, Chris, vendedor de autos de Chicago, educó a sus hijos en el respeto a sus decisiones, por lo que, pese a no apoyar la guerra ni al gobierno que decidió invadir Irak, jamás intentó persuadir a su hijo de quedarse en casa, a salvo.

Muerto su hijo hace casi dos años, Chris Frosheiser sigue buscando una explicación. El discurso oficial de la guerra contra el terrorismo y la democratización de Irak está vacío de sentido para

él y no encuentra consuelo.

A Frosheiser no le queda el paliativo de creer que su hijo murió por una causa, como solía ser antaño pese al absurdo endémico de la guerra.

El mismo sentimiento debe de embargar a quienes en este momento lloran en Londres a sus muertos.

Para quienes nos encontramos en el medio de los que creen que el terrorismo se combate con más violencia y para los que creen, del otro lado, que Occidente es la encarnación del mal al que hay que destruir, no nos queda más refugio que la tristeza y más punto de encuentro que la soledad de la cordura.

Hay enormes injusticias en el mundo, muchas de ellas provocadas por el sistema económico en que vivimos.

Pero nada justifica la colocación de una bomba en un vagón de metro y el simple hecho de intentar encontrarle explicación es un ejercicio auténtico de miserables.

La sinrazón, sin embargo, no se combate con el autoritarismo de la venganza y la locura no se acalla con la unilateralidad de la ignorancia.

No hay nada que el mundo desarrollado pueda hacer para evitar que un imbécil se cargue al hombro una mochila cargada de dinamita para hacer estallar un autobús. Pero tal vez sería posible hacer uso de la razón, y no de la fuerza, para evitar que el número de muertos inútiles siga aumentando.

Sin imágenes de nuestros muertos en Irak y sin imágenes de los londinenses llorando aterrados por el ataque, caemos en la tentación de pensar que las víctimas de la locura duelen cada vez menos o que su humanidad va perdiendo identidad a cada nuevo atentado.

Para mí, que viví de cerca las bombas que acabaron con 191 personas inocentes en Madrid, no hay manera consciente de normalizar el dolor y de reducir a un número estadístico la muerte.

Como ocurre con Chris Frosheiser, estoy convencido de que todos los muertos de esta guerra no han comenzado a servir de nada. En el abismo de la sinrazón que la conduce, me siento indefenso.

—Antonio Ruiz Camacho
es editor de RUMBO de Austin.



ANTONIO
RUIZ

CALENTAMIENTO GLOBAL



La democracia es imperfecta

CADA VEZ QUE ME topo con extranjeros en el Capitolio, están maravillados, sobre todo los que suben a la galería y tienen la suerte de ver a los legisladores en acción.

“¡Si en mi país hubiera esta democracia!”, me han dicho varios latinoamericanos.

Si sólo supieran.

Lo que a menudo se ve desde la galería y lo que pasa en el pleno de la Cámara o el Senado es muy diferente. Qué mejor ejemplo que la semana pasada.

El pleno de la Cámara fue testigo de intrigas que sorprendieron hasta a los reporteros más veteranos. El miércoles, 145 legisladores laboraban como hormigas en la HB 3.

La primera votación fue 73-74. Pero a petición de un republicano, en la segunda de tres lecturas requeridas, el voto electrónico se tabuló individualmente. Ahí se descubrió que dos demócratas que parecían que habían votado en contra estaban ausentes. Así, por un solo voto, los republicanos lograron aprobar la HB 3.

Ése fue sólo el comienzo. Sabiendo que la tercera lectura sería el día siguiente, ambos bandos comenzaron a torcer brazos. Dirigida por el presidente de la Cámara Tom

Craddick, la mayoría republicana quería aprobar la HB 3 porque generaría la mayor reducción al impuesto a la propiedad residencial en la historia de Texas. Pero los demócratas y 13 republicanos trataban de derrotarla porque aumentaría los impuestos a los artículos de consumo y afectaría mucho a las clases media y baja.

El jueves muchos se sorprendieron al ver que varios republicanos que votaron contra la HB 3 cambiaron su voto o no se presentaron. Aunque Craddick lo negó, su torcedera de brazos quedó muy evidente.

Otra cosa que quedó en evidencia es la práctica de vo-

tos fantasma, como el de los dos demócratas. Pero lo más sorprendente fue descubrir un acuerdo escrito entre el republicano Jim Pitts y la demócrata Dawnna Dukes. Sabiendo que Dukes estaría fuera del país, Pitts le prometió que se abstendría. Pero en la segunda y tercera lectura Pitts se rajó y su voto fue el margen de victoria.

Así, la próxima vez que un extranjero me diga lo maravillosa que es la democracia texana podrá responderle que no es perfecta.

—Enrique Rangel es reportero estatal de RUMBO.



ENRIQUE
RANGEL

MEXIMERICA MEDIA, INC.

EDWARD SCHUMACHER MATOS
Presidente y Director General Editorial

JONATHAN FRIEDLAND
Vicepresidente Editorial

GIOVANNA RUEDA
Vicepresidenta de Circulación y Marketing

JONATHAN THOMPSON
Director General de Operaciones

MARK STACEY
Director de Publicidad Nacional

GABRIEL SAMA
Coordinador Editorial

ELAINE OLÁEZ
Gerente de Finanzas

ADRIÁN ÁLVAREZ
Director de Arte